

## LA PAZ: REFLEXION ETICA-DECISION POLITICA

POR

MANUEL PORRAS DEL CORRAL

¡Qué difícil es hacer sencillas las cosas! El hombre mismo encuentra difícil ser humano.

(Ghalib) (1)

### Introducción.

En todo tiempo y lugar, la paz se ha considerado un bien inestimable, pero nunca como en nuestros días —cuando se acaba de conmemorar el trigésimo quinto aniversario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos— ha habido un deseo tan apremiante y generalizado de ella. La explicación pudiera radicar, en que algo muy grave está sucediendo a nivel mundial: el temor fundado de que nuestra supervivencia en un futuro inmediato, como miembros de la comunidad humana universal, está en peligro al quedar condicionada a la «decisión» de unos de utilizar o no las armas nucleares, al «error» de otros en su manejo, o al «fallo» de los mecanismos técnicos ideados para su control.

Ante tan poco halagüeño panorama, tenemos que encontrar soluciones capaces de generar confianza y de superar la amenaza que sobre la humanidad se cierne. Sólo un cambio de la conciencia colectiva hará posible un mundo en el que el terror desa-

---

(1) Cita tomada de *El derecho de ser hombre*, antología preparada bajo la dirección de Jeanne Hersch. Unesco. París, 1968. Traducido por Gonzalo Arias Bonet, Ediciones «Sígueme», Salamanca, 1973, pág. 84.

parezca. Todo depende, en última instancia, del hombre y de su actitud de aceptación o rechazo de sus semejantes. Ir potenciando en él aquellos sentimientos y conductas que hagan ver en el otro un «alter ego», y no un «inimicus», constituirá el mejor modo de iniciar la andadura, que nos ha de llevar a la meta soñada de un mundo en paz, o lo que es igual, según expresión agustiniana, en «ordenada concordia», donde no existan enfrentamientos bélicos, donde las sombras de la amenaza nuclear hoy latente se desvanezcan, y en el que el hombre, cada hombre concreto y real en paz consigo mismo, sea capaz de propiciar desde la base, ese «aire» esperanzado de paz.

La tarea no es fácil, pero la ocasión lo requiere. ¿Cómo es posible vivir —convivir— en un mundo dominado por la desconfianza, la ambición, el ansia de poseer más y de imponer unas ideas al servicio interesado de unos fines conducentes, las más de las veces, al engrandecimiento del Estado, en detrimento del ser humano y de cuanto significa? ¿Cómo no rebelarse de una vez y por todas contra todo aquello que nos impide nuestra plena realización como hombres? ¿Cómo no romper las cadenas que aprisionan a la humanidad sometida a la más feroz de las esclavitudes, cual es la del espíritu, a través de las ideologías imperantes, y alzarse de la postración en que se halla sumida, clamando por el respeto a su dignidad? ¿Cómo es factible lograr la plenitud de todos y cada uno de los hombres, si se le impide el desarrollo armónico de sus potencialidades?

### Los primeros pasos.

Sería ingenuo pensar que con buenos deseos, sólo de una parte, se resolverían tan inquietantes temores. Pero habrá forzosamente de aceptarse que, para iniciar el camino, los primeros pasos son fundamentales. Ello nos lleva a discurrir sobre la necesidad que existe de crear una conciencia colectiva de pertenencia o adscripción a un orbe en el que todos y cada uno de los seres humanos que lo habitan forman parte de la gran familia universal; donde la solidaridad ha de ser el motor impulsor, dada

la interdependencia existente, de forma que el equilibrio se quebraría si no se tuviera presente esta circunstancia.

Somos partidarios de la «pacificación», en el sentido de crear ese clima personal y social en el que la paz, enraizada en cada hombre en su más profunda dimensión, pueda manifestarse externamente en concierto armónico con la de los demás. Pero esta paz exige imaginación y entrega. Sabemos de las dificultades que se han de superar para alcanzarla, si bien todos los sacrificios serán pocos hasta conseguir el objetivo. El bien de la paz es algo inapreciable y por el que ha de lucharse sin concesiones al desánimo.

El hombre demanda hoy, más que en épocas pretéritas, una puesta en orden de los principios y valores sobre los que ha de conformar su existencia, sin perder de vista la razón teleológica que ha de orientar todas sus acciones. Es un ser para la vida, no como afirmara Heidegger, un «ser para la muerte» —*Sein zum Tode*—. Olvidar su propio fin sería como renunciar de antemano a cuanto cobra auténtico sentido y contentarse con un «estar aquí» vacío de contenido.

La encrucijada actual en la que el mundo se encuentra, en situación de «no retorno», apremia avivar nuestras mentes y, a veces, dejar que actúe el «corazón» en la búsqueda de soluciones que ofrezcan una salida airosa y planteen una respuesta definitiva ante la catástrofe de dimensiones insospechadas, pero evidentemente fatales, que de proseguir en esta escalada armamentista, la humanidad padecería, como fruto de su «soberbia» y falta de flexibilidad para saber plegarse, en un momento histórico determinado, a la llamada de su más primaria y elemental tendencia, cual es la de su propia conservación. Con razón se pregunta Erich Fromm: «¿Cómo llegó el hombre, en la cúspide de su victoria sobre la naturaleza, a ser el prisionero de su propia creación y a estar en grave peligro de destruirse a sí mismo?» (2).

(2) *La revolución de la esperanza. Hacia una tecnología humanizada*, traducción de Daniel Jiménez Castillejo. Título original: *The revolution of Hope. Toward a Humanized Technology*, Fondo de Cultura Económica, México-Madrid-Buenos Aires, 5.ª reimpresión, Madrid, 1980, pág. 13.

Hablar de paz, de derechos humanos, en un mundo tan crispado y caótico como el que vivimos, donde el más sagrado y fundamental derecho —el derecho a la vida—, si no se le niega explícita y formalmente, sí se le viola, con tanta frecuencia como impunidad, parece un sarcasmo. Hablar de la paz por aquellos pueblos que se autocalifican de civilizados y no dejan de proseguir su «loca» carrera en busca de armas, cada vez más sofisticadas y con mayor capacidad de destrucción de todo cuanto pueda no ya sólo ser vida sino también «naturaleza», es cuando menos una burla. Hablar de buenos deseos entre quienes, en su febril carrera —acelerada y constante— por obtener un arma más potente, se afanan por ir delante de su posible adversario para el supuesto de un conflicto bélico, no deja de constituir toda una paradoja.

¿Será el hombre capaz de autodestruirse, de autoinmolarse, cuando el siglo veintiuno comienza a atisbarse; cuando muchos de los sueños imaginarios se han hecho realidad; cuando nuestro hábitat se ha «empequeñecido» como consecuencia del progreso alcanzado, al estrecharse las comunicaciones y ampliarse los conocimientos entre los pueblos; cuando la humanidad clama por un mundo más humano?

**La razón no parece que sea suficiente.**

Sólo la razón fría, aquietada de influencias interesadas, debería bastar para poner coto a tan espeluznante espectáculo, donde el hombre protagonista de la historia —centro y eje sobre el que la política ha de girar y por tanto servir— se le margina como si de «algo» se tratara; donde se pierde de vista la misión que la sociedad y el Estado verdaderamente tienen: ser cauce que canalice las aspiraciones del ser humano y atienda a su realización; y donde, al fin, los pueblos obnubilados por el fulgor de los niveles alcanzados por la técnica, encenagados por la soberbia de su poder, olvidan el rol que han de jugar: ayudar a ser al hombre.

Pero aunque sea triste, hay que reconocerlo, la razón no parece que sea suficiente —como testimonian los acontecimientos que en espiral peligrosa se suceden a diario— para sujetar este «caballo desbocado» de la carrera de armamentos emprendida, y que a ritmo de vértigo, nos arrastra a un final trágico. Ante este estado de cosas tan singular, en el que la dimensión racional humana, al parecer no basta para paliar los males a los que irreversiblemente nos precipitamos, habrá que poner en juego la «lógica del corazón» de la que hablara Pascal: «el corazón tiene razones que la razón no conoce» (3), que «no significa —como manifiesta Zubiri— el ciego sentimiento por oposición a la pura razón cartesiana, sino el conocimiento constitutivo del ser cotidiano y radical del hombre» (4), para que ésta con su conocimiento y entrega total al servicio de tan noble causa, como es la salvación de la humanidad, acuda en momento tan extremo a impedir que se consume el drama.

Conscientes de los obstáculos que se han de superar, pero firmes en el objetivo que se ha de conseguir, el hombre, en un momento de «lucidez», quizás pueda, al fin —aunque sea en el último instante—, tomar conciencia de la gravedad del dislate que supondría un conflicto bélico nuclear y así evitar la hecatombe.

### Fe en el hombre.

Porque tenemos fe en el hombre, y en cuanto él es capaz de realizar, es por lo nos sentimos confiados en que el tan temido como imprevisible holocausto final no llegue a producirse.

La Historia nos ha ofrecido, a lo largo de los siglos, ejemplos de la sinrazón del hombre en su pretensión de imponerse al otro, de dominar a los demás. Irracionalidad que se ha visto agravada

(3) *Pensamientos*, traducción X. Zubiri, Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1962, pág. 58.

(4) *Naturaleza, Historia, Dios*, Editora Nacional, séptima edición, Madrid, 1978, pág. 136.

en nuestros días. El grito que lanza, el famoso personaje Berenger de Ionesco, al final: «¡Contra todo el mundo me defenderé, contra todo el mundo, me defenderé! ¡Soy el último hombre, seguiré siéndolo hasta el fin! ¡Yo no capitulo!» (5), pudiera ser representativo de toda una época. Pero siempre en medio de la oscuridad del momento se ha iluminado el horizonte con la luz cuando menos de la esperanza, que ha proyectado claridad en las tinieblas y devuelto confianza para el restablecimiento del orden, impidiendo al hombre consumir lo que parecía inevitable que sucediera. Ahora, en este periclitarse del siglo veinte, esperamos que la «razón histórica» una vez más se cumpla.

En este momento importante, en que lo más sagrado del hombre, de todo hombre —la vida— está en peligro, se hace necesaria una seria reflexión en torno al método que ha de emplearse para obtener el propósito deseado de la paz universal. Ya hemos mencionado, que la tarea es árdua y el íter a recoger lleno de escollos, pero que bien merece, es más, lo exige tan supremo bien.

Hoy, más que nunca, el desorden se ha adueñado por doquier, y expresión de ello son los ataques y violaciones que los derechos humanos padecen en toda la geografía universal, de diversa manera o con incidencia dispar, pero en cualquier caso no respetando los mínimos éticos que la propia dignidad humana demanda. No es de extrañar que en esta coyuntura, una vez eliminados los «frenos» que sujetan las acciones de los hombres, la escala de valores por los que se rige la humanidad hayan trastocado el orden natural y lógico de los mismos, y de espaldas a los principios más esenciales que han de normar la convivencia humana, imperen otros carentes de referencias a la trascendencia y a cuanto un orden objetivo debiera suponer. Recientemente Juan Pablo II, en su discurso a los miembros de la Pontificia Academia de las Ciencias, ha afirmado que: «Allí donde la con-

---

(5) *Rinoceronte*, traducción: María Martínez Sierra, revisión para la edición española de Miguel Salabert. Título original: *Rhinocéros*, Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1982, pág. 201.

versión a la verdad, la libertad, la justicia y el amor no llegue a ser exigencia ampliamente reconocida y puesta en práctica por doquier, la paz social es inestable por carecer de su razón más honda, que se encuentra en el corazón del hombre» (6).

El movimiento pendular, en el que el reloj de la política de nuestros días, marca posiciones tan dispares a veces como faltas de realismo acerca del hombre, al ofrecer visiones deformadas del mismo, donde unas veces desde concepciones individualistas —en su exaltación de lo «individual», sin referencia a lo comunitario, a los otros— mutilan la auténtica dimensión que como ser social tiene; y donde otras veces, desde doctrinas colectivistas —en su reducción del hombre a lo «comunitario»— suplanta y anula todo reconocimiento real y concreto de lo que es el hombre, en tanto ser libre. Son dos planteamientos que forzosamente hemos de superar para situar las cosas en su verdadero lugar, de modo que la persona, en su doble proyección individual y comunitaria, con su carga de dignidad, sea respetada en todo momento, no sólo como una exigencia ética, que ha de cumplirse, sino también como una valoración de cuanto implica, que la política ha de efectuar, y de este modo adecuarse a ser instrumento que potencie y desarrolle al hombre, tanto como ser social, cuanto ser libre.

La consideración del hombre como perteneciente al mismo grupo, a la comunidad universal, es clave para iniciar un modo de entender las relaciones entre los hombres y los pueblos, que marque una nueva forma de convivencia, en la que la dialéctica «nosotros-ellos» —in group-out group— quede superada al ser factor integrador la adscripción de todos a la misma comunidad. Al menos, en sentido análogo al que al término «comunidad» da Max Weber: «Una relación social cuando y en la medida en que la actitud en la acción social (...) se inspira en el sentimiento subjetivo (afectivo o tradicional) de los partícipes de constituir

---

(6) *La ciencia al servicio de la paz*, L'Osservatore Romano, edición semanal en castellano, 18 de diciembre de 1983, pág. 8 (704).

un todo» (7). De ahí la necesidad de promover y fomentar todo aquello que suponga crear una mayor conciencia colectiva de nuestra identidad comunitaria, lo cual constituye un difícil empeño, al tropezar forzosamente con estructuras de poder e intereses (fundamentalmente los económicos), con la inercia de unos y la pasividad de los más, pero en cualquier caso imprescindible para devolver a la humanidad la confianza perdida y producir un mundo más de acuerdo con lo que el hombre es y significa.

Podría pensarse que cuanto decimos es utópico —algo irrealizable por el hombre—, un sueño —sólo factible en ese «otro mundo» no real—, pero en todo caso se estará de acuerdo con nosotros en que es indispensable en estos momentos, en los que el hombre atraviesa una de las mayores crisis de identidad de cuantas ha sufrido a lo largo del devenir histórico, romper «in radice» con los planteamientos imperantes de los tiempos actuales y ofrecer otras opciones que permitan cambiar de rumbo e iniciar una nueva singladura, en la que los valores que configuren nuestra convivencia estén impregnados de un sentido espiritualista de la vida tan distante del materialismo hoy dominante.

#### A modo de conclusiones.

De cuanto llevamos expuesto, se concluye: que la amenaza nuclear actual es un peligro real e inminente para la humanidad, ante la cual el hombre no puede quedar en mero espectador de un fantasmagórico y trágico final. Que hora es ya de insuflar un nuevo aire al cuerpo aterrorizado de la familia universal que le haga cobrar sentido de su verdadera significación, dotándole de nuevas energías con las que afrontar la solución de tan inquietante cuestión, como es la de la destrucción y exterminio total.

---

(7) *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, traducción de José Medina Echevarría y otros. Título original: *Wirtschaft und Gesellschaft. Grundriss der Verstehenden Soziologie*, Fondo de Cultura Económica, México, 1.ª reimpresión, 1969, I, pág. 33.

encauzando sus impulsos y los frutos de sus avances científicos y técnicos al servicio de una sociedad más humana, donde la justicia impere y en el que la solidaridad —expresión de la participación y del amor— sea el factor que presida la convivencia universal.

Los esfuerzos que en aras del logro de este fin se lleven a cabo nunca serán bastantes, contando con las limitaciones naturales del hombre. Pero en cualquier caso, cuantas medidas se adopten, cuantos sacrificios se impongan, cuanto mayor sea la capacidad de generosidad de los hombres, cuanto más elevado sea el diálogo, cuanto más se conozcan los pueblos, mayores serán las posibilidades de alcanzar la meta ansiada.

Propugnamos, en consecuencia, un cambio de mentalidad orientado a ayudar al hombre, que sirva para su realización integral y favorezca la consecución de su plenitud.

En sede teórica y a largo plazo, la solución que venimos manteniendo producirá sus resultados, en un proceso lento, como es todo aquello que hace referencia al campo de la educación, es decir, que se orienta al desarrollo integral del hombre, una vez persuadidos los hombres, la sociedad y el Estado, de la necesidad de entendimiento mutuo, respeto y tolerancia, en un mundo más libre, más igual, en definitiva, más justo y en paz, en el que la verdad prevalezca y el amor solidario —participación desinteresada en los quehaceres comunes— sea la clave para la convivencia dentro de esa gran familia universal que constituimos todos.

Sin embargo, hemos de reconocer que a corto plazo y hasta tanto la solución anteriormente expuesta llega, sólo un planteamiento pragmático y realista por parte de los que dirigen los destinos de los pueblos, hará posible evitar la muerte que depararía una conflagración nuclear en ese trance final, apocalíptico, al que la humanidad parece estar abocada de producirse el enfrentamiento bélico entre las grandes superpotencias.

Forzoso será tener presente en esta ocasión —a modo de presupuestos— que el hombre requiere, para su perfeccionamiento y plenitud, gozar de una serie de valores (la libertad, la

igualdad, la justicia, etc.) de manera que sólo respetando el juego armónico de los mismos podemos decir que se desarrolla. Allí donde no existen o donde existiendo no pueden ser vividos plenamente —al menos los «primarios»— al quedar bajo influencias físicas o psíquicas su efectividad, el hombre no es tratado conforme a las exigencias ontológicas. ¿Puede hablarse de una existencia auténtica como hombre allí donde no se le permite su plena realización?

Desde esta concepción antropológica, con carácter transitorio e inmediato y hasta tanto la paz anide en todas las conciencias y pueblos —fruto del quehacer colectivo—, parece inevitable que los políticos —garantes del bien común— se vean abocados a adoptar, con prudencia y resolución —una vez agotados cuantos recursos sean posible emplear en favor de la paz—, las medidas conducentes a garantizar una existencia digna, aunque para ello —de no cesar el rearme por ambos lados o de no producirse un desarme simultáneo— sea necesario progresar en la investigación científica y tecnológica y en la posesión de armamentos nucleares. Mal «remedio», pero mal menor, el de la disuasión del agresor en potencia en esta situación límite. Desarmarse unilateralmente, quedar inerte ante un previsible ataque, o sea renunciar a la «legítima defensa» en estas circunstancias, cuando el «otro», en su afán de imposición de dominio y conquista, avanza día a día, construyendo armas cada vez más letales y está dispuesto a arrasar con todos los valores, o al menos con los más primarios, que expresan la dignidad humana, en la primera ocasión que el desfallecimiento del contrario se lo permita, sería para el político contribuir a configurar una sociedad inhumana y, por tanto, ajena a las exigencias que todo ser humano concreto y real demanda por naturaleza para el cumplimiento de sus fines, tanto naturales como sobrenaturales. Sería, al fin y al cabo, renunciar a la causa que ha de servir.

En esta hora en que la humanidad se encuentra, se hace preciso desde el punto de vista del iusfilósofo, ofrecer una reflexión ética sobre el verdadero significado que, para el hombre de hoy, una conflagración nuclear universal conllevaría, y tam-

bién, cómo no, el «precio» que tendría que pagar una parte de la humanidad quizás, para eludir de momento ese peligro ... Precio sin duda demasiado oneroso, si pensamos que la «ley» de la moneda en que habría de efectuarse el pago, es la de la dignidad humana. Reflexión moral, que obligadamente, el político ha de plantearse —pues como afirma Thomasius: «nadie puede ser un buen politicus que no sea, de hecho, un buen ethicus» (8)—, analizando los pros y contras que la adopción de una u otra postura acarrearía, sopesando las ventajas e inconvenientes que ello irrogaría y, en definitiva, determinando con toda la firmeza exigible, el camino a seguir con vistas a lograr la salvaguarda del bien común, de los derechos humanos, del hombre en última instancia, fin y razón de ser de la actividad política.

Ciertamente ante la situación descrita el político no puede quedar impasible, ha de actuar. Ya dijo Gracian: «No es cordura salir a recibir los males, pero sí el salirles al encuentro para vencerlos» (9). Con este espíritu de afrontar el desafío, de enfrentarse con los «males» que la amenaza nuclear representa, tanto psíquica como físicamente —por la capacidad de destrucción de la vida, por la universalidad de su proyección y por la irreversibilidad de sus resultados—, ha de luchar en pro de la paz tenazmente, sabedor de que como ha dicho Juan Pablo II «Pax perpetuo aedificanda: la paz se ha de estar construyendo siempre» (10). Y, así, garantizar a cada hombre concreto y real su identidad, o lo que es lo mismo, su propia dignidad.

---

(8) *Proyecto sumario de las reglas fundamentales*, cita tomada de «Derecho natural y dignidad humana», de Ernst Bloch», traducción de Felipe González Vicen. Título original: *Naturnecht und mensliche würde*, Aguilar, S. A. de Ediciones, Madrid, 1980, pág. 393.

(9) *Oráculo manual y arte de prudencia*, Ediciones Anaya, S. A., Salamanca, 1978, pág. 173.

(10) *La ciencia al servicio de la paz* (discurso a los miembros de la Pontificia Academia de las Ciencias). «L'Osservatore Romano, edición semanal en castellano, 18 de diciembre de 1983, pág. 8 (704).